

Verano/12

(Por Rolando Graña) Son la cuota móica de terror de la playa. Si alguna aparece los chicos aullan con el mismo gritito agudo que cuando Jason despedaza a algún distraído en *Viernes 13*. Y, en verdad, los chicos son sabios.

Porque las aguas vivas son medusas y Medusa era una de las tres Gorgonas, monstruos venidos de más allá de Gibraltar: manos de bronce, alas de oro y serpientes coléricas por cabellos.

Las Gorgonas son perversiones, enemigas de la armonía: Stheno es la perversión social; Eurivale el desenfreno sexual y Medusa la peor de todas. Fue hermosa mujer pero Atenea le puso las víboras de tocado porque engendró dos hijos de Poseidón en su propio templo, el de Atenea, claro. Desde entonces fue tan horrible que cuantos la miraban quedaban petrificados, como a ella la petrificó la culpa, el fraude descubierto. Tal vez

los que la miraron vieron en ella culpas propias, la propia imagen deformada, el peor horror. Hay medusas en los mares que, como las culpas, viven cien años.

Pero Medusa es en verdad la pulsión evolutiva que se atrofió y se estancó en vanidad. Si algo enseña la mitología—tan lejos de Freud—es que no se puede combatir la culpa que nace de la exaltación vanidosa de los deseos. Al desenfreno lo cura la justa medida. Por eso se salvan de la Medusa aquellos que ingresan al templo de Apolo, reducto de la armonía.

La medusa es esa anémona que no quiso crecer, vertebrarse, y que orgullosa de sus colores toca a los hombres que entran al mar y les recuerda, con una roncha a la que los playistas correrán a aplicarle arena húmeda, que allí pueden volver.

Que invertebrados la vida es más simple.

Puede que tenga razón.

AGUA VIVA

Había una vez un poeta que quería convertir su talento en dinero.

Era un buen poeta.

Estaba dedicado a su profesión, al perfeccionamiento de su arte, con todo su ser.

Era culto o, por lo menos, había leído mucho; y tenía una aguda imaginación y podía ser elocuente—cuando escribía—, pero no sabía hablarle a la gente; era tímido y siempre tenía el sentimiento de que la gente relacionaba sus palabras con algo que él no entendía.

Como era un verdadero poeta; esto quiere decir, por supuesto, que trabajaba en menesteres humildes: lavaplatos, oficinista, mensajero.

No existe manera de que un auténtico poeta se gane la vida con su obra. Un día miró en su tomo, y vio a todos estos retardados, estas personas vulgares, criminales, inmorales, estúpidas, todos estos idiotas, ¡todos los cuales pueden ganarse la vida!

Y se imaginó que debía de haber algún modo de que una persona con su inteligencia se imaginara cómo no tener que trabajar en estos trabajos ridículos.

Así que le pidió prestada una malla negra a un bailarín amigo, y consiguió una pesada pieza de género que se puso en la cabeza como una capucha de monje, y consiguió un trozo de cristal ovalado, apenas algo mayor que una cara, y lo puso frente a su propia cara, bajo la capucha, pero no era un cristal común, era el llamado “en una dirección”; esto es, la clase de cristal que cuando uno mira a través de él de un lado, es claro, transparente, pero cuando se mira del otro lado es un espejo; puso este cristal ante su cara de modo que él podía mirar a través de él, pero cualquiera que lo mirase sólo veía su propio reflejo.

Fue a un club nocturno del Greenwich Village y consiguió trabajo como oráculo.

De adivino.

Tenía una mesita en el club nocturno y se sentaba allí, y la gente venía y le hacía preguntas de las que uno le hace a un oráculo, acerca del futuro, y él decía simplemente lo primero que se le pasaba por la cabeza. Inventaba disparates, hablaba en jerigonza, citaba fragmentos de otros poetas, y tenía una aguda imaginación de modo que inventaba pequeñas fantasías, cuentos, y a la gente parecía gustarle.

Descubrió que cuando tenía puesto su espejo, perdía la timidez.

Podía hablar con la gente con facilidad.

Algunas personas hasta lo tomaban en serio, pero él tan sólo se reía de ellos y nunca pretendió ser otra cosa que un animador.

Después de un tiempo se encontró con que estaba ganando bien en el club nocturno.

Había una chica, una bailarina de striptease que también trabajaba en el club nocturno.

Trabajaba con luz negra.

la historia del espejo

Por
Spencer
Holst

Buenas noticias para arrancar con este suplemento: veintidós años más tarde, Ediciones de la Flor ha decidido relanzar este pequeño gran libro fetiche titulado *El idioma de los gatos* para la próxima Feria del Libro. Recuérdese que algunos de sus cuentos supieron engalanar estas mismas páginas los veranos pasados y que generaron entre los lectores pasiones incontroladas que ahora —¡al fin!— se traducen en la segunda edición de estos relatos imprescindibles. No volveremos a decir aquí que el misterioso Mr. Holst es uno de los mejores y más personales narradores que jamás pisaron la superficie de este planeta. No nos extenderemos en citar críticas que predicen “la eternidad” para sus escritos casi secretos. Alcance con el regocijo —y, por qué no, el orgullo cómplice— de volver a tenerlo otra vez aquí, corriendo las cortinas de este Verano/12 que hoy vuelve a empezar.

Luz ultravioleta.

Pero únicamente su traje era luminoso, ella no, y como no había otra luz, a medida que interpretaba su baile y una a una sus ropas caían, ella desaparecía.

Únicamente sus ropas eran luminosas, de modo que cuando caía el último corpiño o la última bombacha, ella era invisible y el escenario quedaba regado con luminosos montones de ropa.

Ese era su número.

Ambos se enamoraron.

Pero cuando el poeta no tiene puesto su espejo, vuelve a ser el tímido de antes. No sabe cómo abordar a la chica, y no sabe que ella también está interesada en él.

Una noche (a mitad de semana, no hay mucho público) él ve a la chica que camina por la vacía pista de baile en su dirección, y ella tiene algo escondido a sus espaldas, de manera que él no puede ver de qué se trata.

Así que ella se sienta a su mesa y...

¡Aquí está!

Y él tiene puesto su traje y su espejo, así que súbitamente puede hablar.

Está a punto de expresarse, de expresar su amor cuando la chica le dice: “¡Mire! Yo no quiero que me adivine nada, no quiero saber nada sobre mí misma. ¡Quiero saber algo de usted!”

Y en ese momento, sacó de atrás de su espalda un espejo ovalado de su mesa de tocador, apenas algo mayor que una cara, y lo puso frente a la cara-espejo de él, y le dijo: “¿Qué ve?” Perdoname, lector, pero por un instante debo hacer una digresión para explicarte lo que él vería. Sabes que cuando te paras entre dos espejos, o cuando te sientas en el sillón del peluquero, parece haber un corredor entre los espejos; pero si alguna vez te detienes a observar verás que, aunque quizá puedas ver seis o siete niveles, nunca puedes ver el final del corredor; siempre tu propio primer reflejo se interpone en el camino, y si intentas hacerte a un lado, todo el corredor desaparece por un costado del marco del espejo.

Pero en este caso, él miraría a través del vidrio y vería un espejo, pero el espejo sólo “vería”, por así decirlo, un espejo, que a su vez vería un espejo, y etcétera.

No habría nada entre los dos espejos para obstaculizar la visión, de modo que él podría ver el corredor estirándose en línea recta hasta el infinito.

Así que, para recapitular la situación: la chica de la cual está enamorado se sienta frente a él, y él tiene puesto su espejo, de modo que puede hablar, y está a punto de expresar su amor cuando la bailarina de striptease le pregunta: “¿Qué ve?” Y en ese momento la chica desaparece, el club nocturno desaparece y el hombre

Haga un REGALO NO CONVENCIONAL, Regale un VIDEO

LA NOCHE ETERNA Un testimonio valioso de Ch. W. Gluck. La película sobre la situación de Río. (nada versión de 1994 en: \$60) Turbio (Isa Cruz) \$35 del Teatro Colón \$60	LA RAULITO La biografía y el arte de Rudolf Nureyev. \$35	EL CID La leyenda épica de un hombre. \$40	MONDO CANE 2 Un paseo por el mundo. \$40	90° Sud Un documental único filmado en 1912. \$40
--	---	--	--	---

AYACUCHO 509-(1026)-Bs.As. - ENTREGAS A DOMICILIO - ENVÍOS POR CORREO REGISTRADO



ve un corredor hasta el infinito.

No dice nada.

La chica saca su espejo y le dice: "¡Diga algo!"

Pero el hombre no dice una palabra.

Ella le tira de la manga y le dice: "No se que- de sentado ahí, diga algo..."

Pero él no se mueve.

Y durante diecisiete años no se ha movido.

Todavía está sentado, exactamente en la mis- ma posición, un catatónico en un hospicio... lo alimentan por un tubo, y es incontinente, y ha perdido por completo el contacto con el mun- do exterior.

Pero los médicos y las enfermeras pueden discernir—a través de cambios en su expresión facial, y a través de las palabras que masculla inaudiblemente, de modo que nunca pueden sa- ber bien qué está diciendo—, pueden discernir que en su mente lleva una vida muy activa, y que tiene experiencias en un mundo de sueños...

Y en este mundo de sus sueños, en la vida que vive adentro de su cabeza, todo el resto de la gente usa espejos sobre sus caras, y él es el único que no lo tiene.

A causa de esto se siente en gran medida co- mo un extraño y trata de averiguar, pregunta a la gente: ¿por qué él no tiene un espejo sobre su cara como los demás?

Pero la gente, o bien le da respuestas falsas y trata de burlarse de él, o bien pretende que no sabe de qué está hablando.

Y a causa de esto, él no consigue sino traba- jos humildes, como lavaplatos, oficinista o men- sajero.

Como este "entero mundo" es, después de to- do, tan sólo su imaginación, como es tan sólo su sueño... bueno... puede pasar cualquier cosa.

Por ejemplo: después de haber trabajado to- da la semana en alguna espantosa ocupación, agarra su cheque con todo el sueldo y se va a la guarida de los drogadictos.

(No se trata de una droga verdadera, por su- puesto, sino de lo que él se imagina que es una guarida de drogadictos, porque sea como fuere que uno pueda imaginar una guarida de droga- dictos en un sueño... así es, *realmente*).

Pero la otra gente en la guarida de los droga- dictos, cuando se ponían *high*, ¡oh!, bailaban, y cantaban, y se reían, y se divertían muchísimo; pero él no, se limitaba a encontrar una silla có- moda y a sentarse.

Y con el paso de los años, se adaptó a su mun- do. En realidad, se arrancó de la conciencia, a la fuerza; este conocimiento que tiene de que es realmente distinto de los demás, que no tiene un espejo sobre su cara. Cuando alguien alude a este hecho, él hace como que no oye, o hace co- mo si estuvieran hablando de otra cosa. Y a me- dida que pasan los años, empieza a pensar en sí mismo como "normal". Saben, todos son un po- co neuróticos, todos tienen problemas. Pero él

terminó por pensar en sí mismo como si fuera otro ser humano común... aunque... hay veces en que sospecha, hay veces en que piensa que es un poco peculiar que una persona vaya y se gaste todo el cheque del sueldo en la guarida de los drogadictos, quiero decir... solamente para sentarse allí.

Pero hay otra manera en que podría terminar esta historia, por ejemplo: él conoce una chica, y la chica tampoco tiene un espejo sobre la ca- ra y, por supuesto, se reconocen el uno al otro inmediatamente, esto es, que ninguno de ellos tiene un espejo sobre la cara.

Y ella le dice (ella ha estado en "este mun- do" más tiempo que él) que él no tiene que tra- bajar en esos menesteres horribles, y que le pue- de enseñar cómo desenvolverse...

"Ven a mi casa", le dice ella. (La relación en- tre ambos es, desde el principio, más la de her- mano y hermana que una de tipo sexual.)

Y así, salen caminando de la ciudad hasta el borde del mar y caminan por la playa quizá cer- ca de una milla, hasta un lugar muy aislado don- de no hay gente; hay un palmar muy agradable, y en el centro del palmar hay una pequeña tien- da.

"¡Mira! —dice ella—. Yo vivo aquí. No tengo que pagar alquiler. Voy a nadar todas las ma- ñanas. Es saludable vivir al sol. Es maravillo- so."

"Bueno sí —dice el hombre—. Es estupendo... pero ¿cómo haces para comer?"

"Estoy a punto de preparar el almuerzo, en este momento. ¿Por qué no te quedas a almor- zar conmigo?"

Y entonces ella extiende una manta sobre la arena, y saca dos platos de latón y va hasta el borde del mar, y él la observa allí, juntando co- sas de la superficie y poniéndolas en los platos. Ella vuelve y pone los platos sobre la manta y los dos se sientan con las piernas cruzadas so- bre la arena, y ella empieza a comer.

El mira su plato y ahí, en el centro, hay un montoncito de guijarros, menudos guijarros vueltos redondos y suaves por el mar.

El levantó un guijarro y lo examinó: realmen- te, no era más que una piedra.

Se puso uno de ellos en la boca, e hizo una pequeña mueca; lo tragó... y lo deglutió.

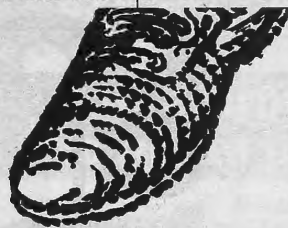
Ella observó: "Es un poco difícil al principio, pero uno se acostumbra después de un tiempo".

Habría otra forma de terminar esta historia, pero ese final es pornográfico y yo no escribo esa clase de cosas.

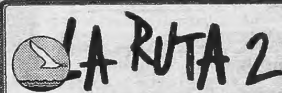
La pornografía no tiene ningún lugar de nin- guna clase en la literatura.

Traducción de Ernesto Schóo

Se reproduce aquí por gentileza de Ediciones de la Flor



COVISUR ESTA TEMPORADA, LE BRINDA LA SEGURIDAD
Y EL CONFORT DE PODER VIAJAR POR EL PRIMER TRAMO
DE UNA RUTA CON DOBLE CALZADA, UNA HACIA CADA LADO.



Disfrútela quincenalmente